

“Reduzcamos estas explicaciones á las mas sencillas formas. Una fuente, hasta entonces intermitente, fluyó el 20 de Setiembre de 1846, época del año en que de tiempo inmemorial estuvo antes siempre seca. Ese manantial manó desde entonces continuamente, y se ha hecho perenne. Su agua, sin contener ingrediente alguno que obre sobre el cuerpo humano, ha curado á muchos enfermos, entre ellos algunos á quienes en ciertos casos debia perjudicar ese líquido, y, por lo mismo, fuerza es confesar que ese manantial ha dejado de estar sometido á las leyes puramente físicas, y que su agua tiene verdaderamente *una eficacia sobrenatural*. Por último, la tercera consecuencia, emanada forzosamente de la primera proposicion, es que, como el fluir la fuente coincidió con el momento en que los dos niños, incapaces de mentir, atestiguaron haber tenido una aparicion de la Santísima Virgen (á la cual denominaban *hermosa Señora*, esos hechos son solidarios, y no puede admitirse el uno sin el otro.

“Mas hé aquí una particularidad que pasará aun mas al lector, y que solo la indico para no omitir nada de cuanto llamó mi atencion, sin afirmar que el fenómeno que voy á citar se reproduzca siempre que medien las mismas circunstancias. El Sr. Favier me hizo observar, y yo lo ví con mis propios ojos, que el volumen de agua de la fuente aumentaba á medida que crecia la afluencia de peregrinos, y que disminuia segun que estos se marchaban.”

En vista de esto, preguntamos: ¿Qué agua es esa que, indiferente por naturaleza y hasta perjudicial á la salud, es realmente saludable y cura enfermos?

XI.

EL SIGLO, EL MAL Y EL CASTIGO.

Ya hemos visto en otro capítulo que las amenazas anunciadas por la Virgen María tendrian ejecucion si su pueblo no se convertia; que el arrepentimiento era una suma urgencia puesto que la Augusta Reina de los Angeles se vió obligada, en fuerza de su amor hácia los hombres, á bajar á la tierra para moverlos á penitencia: tambien hemos visto que el cardenal Fornari dijo á los comisionados que llevaron á Roma los secretos de los dos niños: *Cuando el cielo emplea estos medios para convertir á los pecadores preciso es que el mal sea muy grande*. Y, por último, que el Soberano Pontífice, tan pronto como leyó aquellos secretos, exclamó: *Son castigos que amenazan á la Francia; pero no es la Francia solo la culpable: toda la Europa es culpable*.

Si pues el mal era entonces grande, culpable toda la Europa, y el castigo iba á caer, preciso es convenir en que contuvieran el brazo del Altísimo por algun tiempo el arrepentimiento y fiel correspondencia, que sin dilacion alguna encontraron los maternales deseos de María en todo el canton de Corps, y en los corazones de aquellos miles de europeos que corrieron á derramar lágrimas de penitencia en el monte santificado, mientras otros muchos miles, en el interior de sus casas, lloraban sus pecados, implorando tambien la misericordia de Jesus, por la intercesion de su Inmaculada Madre.

Pero, ¿podemos presumir que esto llenó la medida de una satisfaccion general expiatoria? No: y la prueba de esta verdad nos la dió el cielo en acontecimientos tan tristes como inmediatos, pues en 1847 se apoderó por primera vez el *oidium* de todas las viñas de Francia y de mucha parte de las de Italia; la enfermedad de las patatas y de las nueces fué completa; y la pérdida de dos cosechas de cereales produjo tal escasez de comestible y tal carestía en los precios, que en dos años hubo en Francia una mortandad excepcional, por efecto del hambre, de trescientos sesenta y un mil individuos.

En 1852 dijo en su pastoral relativa á La Saleta el Revdo. Obispo de Grenoble: *Los pueblos se agitan; los tronos son derribados; la Europa está trastornada, y la sociedad se halla en la pendiente de su ruina.* Hoy, si viviera, podría decir mucho mas; pues desde entonces otros soberanos han sido lanzados de sus tronos, otros ven que se les escapan los cetros de las manos, y parece que el temor hacía uno solo se ha apoderado de todos. Desde entonces tambien el cólera-morbo ha diezmando el personal de la Europa; la Italia se ha convertido en un campo de ruina y desolacion; la Siria ha presenciado el asesinato de muchos miles de cristianos pacíficos de todo sexo, edad y condicion; y los soberanos católicos miran, si bien con pesar, con una lastimosa indiferencia, las persecuciones, las calumnias, las amarguras que está sufriendo la Esposa del Cordero. Veria desprestigiado en todas partes el principio de autoridad, calificada de usurpacion la propiedad, y desmoralizado el cristianismo en toda la Europa. ¿Qué prueba todo esto? Prueba, á no dudarlo, que el mal ha crecido en grandes proporciones, y salta de aquí la consecuencia de que el castigo es inevitable, porque apenas se divisa en la tierra poder alguno capaz de conjurar la tempestad que suena sobre nuestras cabezas ni el volcan que ruge á nuestros piés. No hay poder que no sea capaz de destruir la causa que ha producido el mal que, de mas en mas, ha venido nutriéndose y aumentándose á medida que ha ido pa-

sando en dias este siglo de mentira y de engaño, de guerra y violencia, de irreligion y de egoismo. Solo la catástrofe con que amenaza el cielo es la que podrá, á costa de la generacion actual, traer al mundo años mas felices que los que atravesamos.

Y ¿cómo vendrá esta catástrofe? No es necesario mas que el sentido comun para saberlo. La política creada en Francia en el principio de este malhadado siglo, y propagada desde allí á toda la Europa, es la que ha producido el mal y preparado el castigo. Se valdrá, pues, Dios de la política para aplicarlo, y las consecuencias de la política serán las que constituyan el castigo. Examinemos esta idea, si es posible, á sangre fria.

Por mí reinan los Reyes [dijo y dice Dios]: *el poder que ejerceris no lo tendríais si no os hubiera sido dado de arriba; pero en Francia se dijo: No: yo mando y reino por la voluntad del pueblo; el poder me viene de él; ni te necesito, ni lengo nada que agradecerte.* Se creó, pues, una política que estuviera de acuerdo con este principio; y como el principio era obra de pasiones humanas, preciso era que estas encontrasen en la política, primero tolerancia, luego aprobacion, y mas adelante auxilios de toda especie para lanzarse contra los principios, sistemas, hombres y doctrinas que no simpatizaban con aquellas. Véamos su marcha con respecto á los dos elementos cardinales de la felicidad del hombre, *la paz y la religion.*

Dios ha querido y quiere que los hombres estén todos unidos en religion y que sean diversos en lo demas: la política, pues, vino á enmendar la plana al Criador queriendo establecer la diversidad en donde Dios puso la unidad, y esta en donde estableció la diversidad. Y véase en esto el trastorno de la sociedad, el manantial de las guerras y la creacion del sistema del cinismo, de mentira y de violencia en las operaciones de la política.

Los políticos de Napoleon I decian en su tiempo. *Los pueblos extranjeros son esclavos del despotismo de sus Reyes: démosles la libertad, la paz y el bienestar.* Y con estas ha-

lagüeñas promesas invaden las tropas francesas casi todas las naciones de Europa, las encadenan á la Francia, y enriquecen la Francia con los tesoros de toda especie de las naciones que fueron á libertar; pues en lugar de hacerlas libres, les impusieron una esclavitud mayor de la que sufrían. Todo esto hizo la política francesa á cañonazos; y estos cañonazos se dispararon por los proclamadores de la paz.

No fué menos notable el celo por la religion. Abrió aquella política las Iglesias que cerraron los que poco antes declararon en plena Asamblea nacional *que no hay Dios*; pero al mismo tiempo, y para imponer leyes á la Religion, se trajo preso á Paris al Soberano Pontífice, de cárcel en cárcel, sin respeto á su dignidad, sin miramiento alguno á sus largos años, á sus padecimientos físicos, á sus venerandas canas.

¿Seria indiferente el Ser Supremo á tantos males, á tanto abuso del poder colosal que ostentaba esta política, á la gran perversidad que habia inaugurado y dejado sembrada en toda la Europa? No: se acabó de llenar la copa del sufrimiento, y los políticos del fuerte imperio vieron disipárseles todo como el humo, sin que tuvieran ni aun el consuelo de obtener un pequeño rincón para que el Emperador depositara en su patria el último suspiro de su vida.

¿Sirvió de alguna cosa esta leccion para que cambiase despues la política? No, por cierto: volvió á usarse de ella en 1830, y este uso ha producido los males que hoy deplora la Europa: véamos esta nueva série de acontecimientos, cuyo progreso y extension ya no tienen remedio en lo humano. Franceses son los que nos dan las pruebas necesarias.

Luis Felipe, cuyo poder tenia el mismo origen que el de Napoleon I, sin mas diferencia que en la forma, pues este lo obtuvo con palabras y bayonetas, y aquel con barricadas del pueblo soberano, no podia sostenerse sino por medio de una constante deferencia á las masas que quita-

ban y ponian á su antojo reyes en Paris; pero, conociendo que tal vez no le seria bastante esta deferencia de su política para sostenerse, hizo una especie de alianza con la Inglaterra, que se titulaba *inteligencia cordial*, y de este modo quedó sujeto á una deferencia mas: á las exigencias de la Inglaterra.

La política de la inteligencia cordial empieza á obrar; y al mismo tiempo que en Octubre de aquel año hace saber á la Europa que su objeto es el sostenimiento de la paz general, manda á Mina por el Pirineo con gente armada para que introduzca la guerra en España; un ejército frances corre á sitiar la plaza de Amberes para privar de ella y de un gran territorio al Rey de Holanda; y una legion de los llamados hombres libres, protegida por los ingleses, desembarca en Portugal para destronar á D. Miguel. Este es el modo con que la política del gobierno de Luis Felipe dió á conocer á la Europa la verdadera significacion de la paz que se proponia conservar á todas las naciones.

¡Viva la paz de Europa! gritan pocos meses despues los políticos de Francia y de Inglaterra, y los unos sublevan la Polonia, y los otros la Sicilia.

Vuelven á gritar: *¡La paz reina felizmente en Europa, gracias á la inteligencia cordial de las dos naciones!* y al mismo tiempo estalla la guerra en España. *¡Somos aliados de la Reina de España!* dicen luego en un tratado para establecer la paz en la Península, y pudiendo conseguirlo en ocho dias, dejan que los españoles se maten durante siete años, se cargue de deudas su tesoro, y se aniquilen su industria y su comercio.

¡A la paz sostenida por la inteligencia cordial se deben los adelantos que gozan las naciones! gritan nuevamente los políticos, y al mismo tiempo la Suiza, movida por los de Francia, se convierte en un campo de batalla, y los sicilianos se sublevan de nuevo, siguiendo el consejo que les dan los ingleses en proclamas que les llevan en navíos que permanecen á su vista para infundirles valor.

¡Grandes son las ventajas, gritan de nuevo, *de la paz*

que felizmente disfruta la Europa! y al mismo tiempo se reproducen las guerras de Portugal y Suiza, y hacen Roma y el Piamonte un cambio político espantoso é inconcebible, apoyado en la política francesa, que luego les costó muy caro.

Y ¿cuáles eran en otros ramos los resultados de esa mentida paz, resultados que influían notablemente en la Religión, en las ideas, en las fortunas y en las costumbres de la Europa? Oigamos al general Donadieu, que habló en el periódico *La Quotidienne* del mes de Febrero de 1845.

“La co-rupción es general y sistemática, gracias á los funcionarios de que se llenan la administracion, los tribunales y los cuerpos políticos. Los hombres erigidos en autoridad son elegidos entre los mas fáciles de corromper. Despues de haber sometido la opinion á la terrible y triunfante prueba de la codicia, se atacó el poco sentido moral que podia quedarle con el cebo de espectáculos los mas escandalosos y con placeres enervantes: en seguida fué todo envenenado por el contagio, aun las costumbres domésticas; y hoy el hambre del oro y la sed de placer familiarizan con el adulterio, el incesto, el parricidio.”

El mismo periódico decia en 10 de Octubre del referido año.

“Los árabes no pueden acomodarse á la dominacion de un poder que se ha presentado para exterminarlos. Ellos ven en nosotros *cristianos sin Dios*, y nuestra conducta es la causa de que nos tengan por bárbaros.”

Véase ahora á quién culpa el Obispo de Orleans, en su pastoral de la Cuaresma de 1846, por el estado de la Francia y por las consecuencias de su política:

“La legislacion atea (*dice*) gobierna en Francia: y, cuanto mas conozcan los poderes públicos su necesidad de acercarse á Dios, tanto menos darán á conocer que necesitan de su auxilio. No sufrirán la Iglesia de Dios sino para hacer ver que saben dominarla; y tan pronto como la opinion pública acabe de preocuparse de

las nuevas máximas, no solo amenazarán á la Iglesia, sino que le aplicarán las leyes que la han proscrito.”

Al frente de este cuadro que presentaban todas las naciones á donde se extendia la política francesa, ya con las guerras citadas antes, ya con otros recursos diplomáticos, no es de extrañar que la Madre del Redentor bajase en ese mismo año á La Saleta y anunciase el castigo.

Pero ¿hizo caso de ello la política? No: siguió con mas empeño en sus errores y seducciones lisonjeras; precipitó al Papa y al Rey de Cerdeña á que declarasen la guerra al Emperador de Austria, único aliado fiel que hasta entonces habian tenido, y derrotadas en una sola batalla las tropas pontificias y las del Piamonte, el Papa hubo de volver á su antiguo sistema, y Carlos Alberto, cubierto de vergüenza y lleno de amargura, huyó á España, abdicó en su hijo Víctor Manuel, y pasó á Portugal en donde murió á los pocos dias.

¿Tuvo suerte mejor Luis Felipe? Sus políticos vieron el riesgo en que estaba siempre, atendido el origen de su elevacion, y para asegurarle circunvalaron á Paris de murallas y baluartes, pusieron en ellos cañones que se dispararian para dar la paz al pueblo soberano en caso necesario. contaban con estos elementos de fuerza irresistible, con un ejército de sesenta mil hombres dentro de Paris, con la prevision de su política y la sagacidad y vigilancia de su policía, y por último con la inteligencia cordial de la Inglaterra; pero llegó el instante en que, causada la Divina Justicia de tanto sufrimiento, les hiciera ver la nulidad de todos esos preparativos y de la confianza que habian puesto en ellos, y un simple soplo de la boca de Aquel que con solo una palabra crió al mundo, y que con una sola mirada lo destruirá, fué bastante para que en menos de tres horas se encontrase Luis Felipe sin murallas, sin cañones, sin baluartes, sin ejército, sin la inteligencia cordial de la Inglaterra, y aun sin seguridad para su persona, pues solo, oculto, corriendo y disfrazado, huyó á Inglaterra.

terra, en donde murió sin haber tenido tampoco este monarca-ciudadano el consuelo de morir en su patria. El pueblo soberano deshizo así en 1848 lo que hizo en 1830, lo hizo usando del mismo derecho y por los mismos medios, cuya legalidad le fué reconocida en 1830.

¿Ha cambiado esa política desde entonces, siquiera por temor á la repetición de la escena? No, por cierto: ha seguido los mismos pasos y avanzado mucho mas.

Desde la caída de Luis Felipe dicen los políticos de Francia: *El Imperio es la paz*; y vemos que esta dichosa paz lanza un ejército francés y otro inglés á Turquía para hacer guerra á la Rusia.

Repítase que *el Imperio es la paz*; y aun no bien concluye aquella guerra, cuando el ejército francés unido al del Piamonte, entra en guerra contra el Austria; pierde esta el reino Lombardo; caen luego cuatro soberanos de Italia; se priva al Papa de casi todos sus Estados; halla la revolución apoyo y recursos para apoderarse de Roma cuando le acomode; quedan Nápoles y Sicilia en una guerra civil, y las potencias del Norte ven que la soberanía popular, legataria tambien en esto de la política y enseñanza de los franceses, déjase ver en derredor de sus tronos, alegando sus derechos en actitud hostil contra el poder.

¡No ha de haber intervenciones! gritan igualmente los políticos de Francia; y vemos que la política de Francia quiere intervenir en todo, y á ningun soberano permite que obre sin su anuencia y prescripciones. Por último, esa política dice *que apoya la Religión*; y vemos que en todas partes se le pega un puntapié, haciéndola al mismo tiempo una profunda reverencia.

¿Se puede ver mas claro que este siglo es de mentira y violencia, de irreligion y de guerra, de usurpacion y de egoismo? Pues si las mismas causas producen iguales efectos, no podemos dudar que la situacion actual concluirá como aquellas de que es hija; pero su conclusion será mas terrible, porque, estando el mal en toda la Eu-

ropa y en proporciones mas grandes que nunca, en toda ella será terrible el castigo.

Chateaubriand dijo en 1836: *Dia llegará en que, batiéndose las escuadras de Europa en las costas de Cantabria, se decidirá la suerte de todos los soberanos de la tierra.* No parece que esté lejos este dia, pues así lo persuade el violento estado en que se halla la Europa. Se decidirá la suerte de los soberanos, cualquiera que sea el paraje; pero no se decidirá la de la Iglesia, mas perseguida hoy que todos ellos, pues decidida está desde antes que la conocieran los hombres. Vendrá la catástrofe que de cincuenta años á esta parte se está preparando inadvertidamente por los políticos de Francia; se consumirá una generacion de hombres; desaparecerán los tesoros de las naciones; y cuando el deshordamiento de las pasiones y de los pueblos haya pasado sin dejar mas señales que las que deja el mar al retirarse de las playas, el Soberano Pontífice recobrará sus Estados y sus derechos, no gemirá bajo el peso de los ejércitos, y poniendo la Religión otra vez en movimiento los resortes que el cielo ha depositado en ella, renacerán poco á poco los principios de la verdadera paz de los pueblos, será corregida la inmoralidad, y triunfando la justicia en todos los ramos, el hombre dará gracias á Dios porque salvó á su pueblo del cautiverio de la política francesa, mil veces mas opresora que la de los egipcios para con el pueblo de Dios.

CONCLUSION.

¿Qué diremos ahora á los que han leído las páginas precedentes, que nos hablan desde el 19 de Setiembre de 1846 por la boca de la excelsa Madre de Dios? ¿Qué al